El paso del Lobo

William Byron Mowery

ARCHIVO HISPÁNICO

Sobre esta edición

Obra original: *Wolf Pass* – William Byron Mowery , 1930.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés se encuentra en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.
Portada adaptada a partir de la realizada por Proyecto Gutemberg (dominio público).

ARCHIVO
HISPÁNICO

Una historia de frontera, donde a una mujer solo se le permite cometer un error.

Sucedió en un desolado tramo de transporte de canoas, a unos treinta kilómetros adentrándose en la naturaleza virgen desde el puesto de la Policía Montada en Bighorn. Le pasó a Sylvia. El desastre se presentó de golpe; fue una desgracia horrible, exactamente como Lorn lo había profetizado cuando le ordenó que no saliera sola a explorar el bosque esa semana.

Cargando su pequeña y elegante canoa de corteza de abedul durante los cien pasos que separaban el punto de desembarque del de partida, Sylvia caminaba por un sendero de osos bajo los enormes pinos amarillos. A su alrededor había señales de peligro que debieron haberla alertado. En la densa y musgosa arboleda a su derecha, un arrendajo canadiense graznaba con furia ante la presencia de algo. Un conejo de nieve, con los ojos saltones de puro susto, salió disparado de entre los arbustos y cruzó su camino de un salto. Una familia de reyezuelos de Sitka lanzaba su agudo "grito de serpiente" ante alguna amenaza acechante, fuera hombre o bestia.

Pero para Sylvia, una chica de ciudad que aún no conocía el lenguaje de esta naturaleza salvaje de las Rocosas del Norte, aquellas señales claras que gritaban "¡Cuidado! ¡Cuidado!" no significaban nada. Y si acaso pensaba en la advertencia de su marido, lo hacía con un desafiante desprecio hacia él por ordenarle no abandonar el puesto mientras él no estuviera.

¡Ella no era una de sus subordinadas bajo su mando! ¡Qué importaba si él era el inspector Hastings; haberse casado con él no significaba que se hubiera enlistado en la Policía Montada!

Una ligera brisa, impregnada del delicioso aroma del pino y refrescada por el aliento de los glaciares allá en las cordilleras de Lodestar, bajaba agitando el valle de Packhorse. El susurro del otoño flotaba en el aire, con ráfagas de hojas amarillas de álamo derivando río abajo; con liebres y perdices luciendo sus extraños y moteados pelajes otoñales; con aquellos bancos de nieve distantes descendiendo cada día más por las laderas de los gigantes de Lodestar. Era esa época del año en que las criaturas del bosque, la roca y el agua buscaban calor y seguridad; cuando la incertidumbre era algo terrible. Algo de esa ansiedad milenaria, traducida a términos

humanos de amor y hogar, era lo que Sylvia sentía esa mañana, después de la discusión de anoche con Lorn.

Cuando salió de la espesa arboleda y dejó su canoa a la orilla del agua, se enderezó, respirando un poco más rápido por el esfuerzo de la carga. Mirando hacia el valle virgen, se quedó allí sobre la gravilla: una figura esbelta y juvenil, hermosa bajo el sol brillante que solía enredarse en su cabello cobrizo dorado y acentuar el tono púrpura en la profundidad de sus ojos.

La inmensidad melancólica del enorme bosque, las montañas y el cielo azul caló hondo en Sylvia; por un momento, deleitándose en la libertad de esta gran naturaleza salvaje, olvidó el conflicto entre Lorn y ella que sentía como un peso muerto en el corazón. Por momentos, durante la mañana, había llorado por eso, anhelando recuperar aquella antigua unión con él; pero ahora, al imaginarse perdiendo este día espléndido en Bighorn mientras él y sus hombres estaban fuera en su cacería, su mandíbula se tensó aún más y sacudió la cabeza de nuevo con un desafío que hizo vibrar los destellos del sol en su cabello.

Ajena a las advertencias de sus pequeños compañeros del bosque mientras recorría de regreso el camino para recoger su rifle, su mochila y su equipo de campamento, Sylvia revivía una vez más su enfrentamiento de anoche con Lorn.

Una o dos veces esa mañana se había preguntado seriamente si, en lugar de casarse, debió haber seguido con sus planes de hacer trabajo social en Vancouver. Se había formado en criminología; era el propósito y la ambición dominante de su vida. Y Lorn quería que ella tuviera un trabajo y un propósito. Cuando lo conoció la primavera pasada, luchando con uñas y dientes contra el horrible flagelo de los narcóticos en Victoria y Vancouver, sintió que, como su esposa, ayudándolo en la rama preventiva a la que la Policía Montada siempre da prioridad, tendría una oportunidad de oro para llevar a cabo sus planes.

Pero, poco a poco, se dio cuenta de que sus perspectivas eran totalmente opuestas. Para ella, Lorn parecía un cazador, un perseguidor de hombres. Sincero —le concedía ese crédito— y mucho más experimentado que ella; pero intolerante ante cualquier simpatía por los llamados criminales, y rotundamente hostil a sus creencias más queridas. Trabajar con él era imposible. Podía hundirse en una existencia inútil… o romper con Lorn.
Su creciente distanciamiento, y especialmente su choque de anoche, habían conmocionado y hecho reflexionar a Sylvia. Le habían enseñado que incluso el afecto apasionado no es todopoderoso frente a visiones del mundo distintas.

En el punto de desembarque, Sylvia recogió el rifle, la mochila y la manta, y emprendió de nuevo el camino de regreso.

Al pasar entre un enredo de arbustos y troncos caídos, sintió que algo enganchaba su rifle, como si se hubiera trabado con una rama. En la siguiente fracción de segundo, un tirón salvaje le arrebató el arma por completo de las manos. Tuvo la sensación de que algo se levantaba y se abalanzaba sobre ella; una mano salió

disparada y le rodeó la muñeca; antes de que pudiera siquiera girar, estaba impotente, sin arma y desamparada ante aquel agarre.

Un fuerte sacudón la hizo girar. Demasiado aterrada para forcejear, se encontró cara a cara con un hombre extraño y desaliñado, que se había arrastrado tras aquel cruce de troncos y saltado sobre ella como un animal.

Durante varios segundos de parálisis, Sylvia solo pudo mirar su rostro cubierto por una barba espesa, sus ropas rotas y embarradas, su cabello hirsuto y una herida con costra de sangre en la sien. Entonces recordó la cacería desplegada para atrapar a Slith Behrdal, la foto que había visto en cientos de volantes y carteles. Aquí, en el solitario Packhorse, sin nadie en el mundo que supiera a dónde había ido, estaba bajo el poder de este hombre perseguido, a quien Lorn había declarado enfáticamente que era un criminal incorregible y depravado.

Sin soltarle la muñeca, Behrdal apoyó el rifle contra un árbol, desabrochó el cinturón de cartuchos de ella y se lo metió en el bolsillo. Luego, con rapidez, palpó su ropa, su chaqueta entallada y sus bolsillos en busca de otras armas. Al no encontrar nada, la miró fijamente un momento y dijo:
—No intentes gritar. Tampoco intentes escaparte por el monte. No sería nada bueno para tu salud. —Le soltó la muñeca, que estaba enrojecida por su agarre de acero, y exigió—: ¿Traes comida en esa mochila?

—S-sí —logró decir Sylvia—. Un… un poco...

Alzando su mochila, el rifle y la manta, él le ordenó: —¡Vienes conmigo! —y la hizo caminar delante de él, tierra adentro, apartándose del sendero.

Se detuvieron en un pequeño claro donde el matorral no era tan espeso. A través de los pasillos del bosque se alcanzaba a ver bien el Packhorse, tanto arriba como abajo del tramo de transporte. Por el musgo pisoteado y un rústico refugio de ramas de pino, Sylvia comprendió que él había estado esperando allí uno o dos días, vigilando el río, aguardando la oportunidad de emboscar a algún viajero solitario.

Tal como le indicó, ella se sentó contra un árbol, frente a él. Desesperadamente intentaba descifrar qué clase de hombre era ese Behrdal, y cuál era su propósito con ella. Parecía de unos treinta y ocho años; era fuerte pero enjuto de cuerpo; claramente del tipo de los cazadores de los bosques, aunque más inteligente que el promedio. A pesar de su ropa desaliñada, su cabello largo y su rostro sin afeitar, no resultaba del todo aterrador. Aunque aún temblaba al recordar cómo se le había lanzado encima, ya no estaba presa del pánico; sus primeros miedos instintivos hacia él iban disminuyendo.

Pensó: "Claro que se llevará mi canoa, el rifle y la mochila; pero ¿me dejará aquí en este tramo o me soltará cerca de algún campamento indígena, o... o qué?"

Sin decirle una palabra más, Behrdal desgarró el paquete envuelto en papel aceitado. Sylvia lo observó abalanzarse sobre la comida, y en medio de su terrible situación y su indefensión, nació en ella una primera chispa de compasión. ¡El

hombre estaba famélico, muerto de hambre! Olvidándose por completo de ella, olvidando vigilar el río, se puso a devorar el pan, la carne, el pastel y las barras de chocolate con la voracidad de un animal. Tras meses de subsistir solo con bayas que recogía y animales que atrapaba a palos o con trampas, parecía especialmente hambriento de pan y dulces: engulló las barras de chocolate en dos mordidas y recogió hasta la más mínima miga de pan que cayó sobre el musgo.

Sylvia pensaba rápidamente en lo que Lorn había dicho sobre Slith Behrdal, recordando el historial de la Policía Montada. Años atrás había cazado y buscado oro en estas tierras salvajes de Lodestars, a cuarenta millas al norte. Sospechado de robo de pieles, había huido a Alaska, apareciendo varias veces vinculado a delitos menores desde Juneau hasta Dawson, involucrado incluso en un feo incidente; y luego, al regresar a sus viejos parajes el pasado mayo, había asaltado la mina de un antiguo socio, robado veinte mil dólares en polvo de oro, disparado contra un vigilante, escapado y desaparecido en el olvido del monte del Norte.

Durante meses no se supo nada de él... hasta la semana pasada, cuando un indígena lo divisó en un sendero de montaña al oeste de Bighorn.

Mientras lo veía engullir lo último de su comida, Sylvia razonaba que Behrdal, empujado por el hambre y la persecución implacable, había estado acechando este tramo para apoderarse de un arma, provisiones de campamento y una canoa—sobre todo una canoa; porque en estas montañas, avanzar a pie entre troncos caídos y senderos de cabras era casi imposible. Y la había atrapado a ella, la esposa del inspector Hastings, y al fin había conseguido esas cosas desesperadamente necesarias.

Behrdal terminó de comer; volvió a vigilar el río, quebrando una ramita entre los dedos, pensativo. Sylvia lo estudiaba con atención, tratando de adivinar un indicio de sus pensamientos, de su propósito. Los detalles de aquel feo incidente, tal como los recordaba, eran inquietantes; pero este hombre, de algún modo, no le parecía tan amenazante.

Ella no sentía gran temor hacia él. Al notar los largos arañazos rojos en sus manos y antebrazos, hechos por zarzas y arbustos espinosos, los desgarrones en su ropa parchada con espinas, la delgadez famélica de su rostro, lo compadecía más de lo que lo temía; y se preguntaba si Lorn, con su habitual severidad implacable, no se habría equivocado acerca de la verdadera naturaleza de ese hombre.

"Ya tiene rifle, bote y equipo," razonaba Sylvia, "y seguramente intentará abrirse paso hacia el norte, a las montañas Lodestar. Lorn dijo que lo intentaría."

Pensó: "La manera más rápida y segura de entrar a las Lodestars es remontando el Packhorse. Eso hará. Subirá por este río, atravesará el Paso del Lobo—"
Se detuvo allí, con el corazón repentinamente acelerado. El Paso del Lobo—con todos los hombres de Lorn desplegados a lo largo del Grand Trunk, vigilando los campamentos mineros y madereros, Lorn había salido de Bighorn anoche en secreto, había subido solo por el Packhorse, para custodiar esa entrada a las Lodestars. Lorn mismo estaba vigilando el Paso del Lobo.

Habría una pelea, un tiroteo, entre Lorn, su esposo, y ese hombre armado, desesperado por la libertad, desesperado tras meses de persecución.

Finalmente Behrdal le habló: —Tú eres la mujer del Inspector, ¿verdad? —Y cuando Sylvia asintió: —Recuerdo haber visto tu foto en un periódico de Prince Rupert la primavera pasada, cuando tú y él se casaron.

Sylvia se sintió irritada por cierta condescendencia en su manera de referirse a ella como mujer. "¡Eres la mujer del Inspector!" Sonaba como si fuera una propiedad o una criatura inferior. Pero razonó: "No debería culparlo por eso. He notado esa misma actitud en mestizos y en los blancos de clase baja hacia sus 'mujeres'. Esa actitud dominante masculina nació y se crió en él."

Behrdal continuó: —Él me quiere atrapar con todo, ¿no? Me ha estado acosando como si fuera un perro. De no ser por él, habría logrado bajar al sur por el ferrocarril y seguir hasta la frontera. Oye, dime—¿qué está haciendo, dónde anda ahora?
—Yo... yo no sé —tartamudeó Sylvia.

—¡Claro que sí! —dijo Behrdal ásperamente, pero con una risa divertida al descubrir su evasiva—. Pasó por aquí anoche, pasada la medianoche, río arriba. Está allá en el Paso del Lobo, esperándome. Lo vi claramente a la luz de la luna. Si hubiera tenido un arma—
—¿No... no lo habrías disparado? —exclamó Sylvia, horrorizada.

Behrdal empezó a decir algo, se contuvo y la estudió con curiosidad durante varios momentos. Un cambio muy visible se produjo en su actitud. Evidentemente la había considerado una enemiga, dispuesta a traicionarlo. Un hombre acosado como él debía pensar que la mano de todo ser humano estaba contra él. Pero ahora parecía darse cuenta de que ella se inclinaba a ser comprensiva y caritativa.

Finalmente respondió a su pregunta: —No lo habría disparado a menos que absolutamente tuviera que hacerlo. ¿No crees que soy un asesino, verdad? Pero sí, con toda seguridad, le habría quitado el bote, el arma y las cosas. Tengo que vivir. Un hombre hará casi cualquier cosa para salvarse. No sabes lo que es esconderse por estas montañas, cómo desgasta a cualquiera—

Mientras hablaba, Sylvia notó que él quería conversar. Parecía tan hambriento de compañía humana como de alimento. Reflexionó: "Han pasado meses desde que habló con alguien. Probablemente mucho más desde que se sentó a conversar con una mujer blanca."

La naturaleza de ese hombre era un enigma para ella. No lograba descifrarlo del todo. Sin apresurarse a conclusiones, cada vez creía más que al menos no era el criminal que Lorn consideraba. Podría incluso ser un hombre bastante decente.

Afuera, en el Packhorse, el grito de un gran colimbo del Norte lo interrumpió. Se levantó de un salto, escudriñó río arriba y río abajo, no vio nada sospechoso, y luego se volvió hacia ella.

—¡Levántate! Tenemos que movernos.

—¿Nosotros? —repitió Sylvia, sorprendida. ¿Eso significaba que iba a llevarla con él? De nuevo la observó con esa mirada curiosa. Era evidente que no le temía. Había un destello medio divertido en sus ojos. ¿Se estaba burlando de su miedo?

—Pues claro, los dos —respondió. Y al ver cómo el temor se extendía por el rostro delicado de ella, añadió: —¿Cómo demonios podrías regresar a pie hasta Bighorn? Estaba pensando. Mira, necesito tu bote, ¿no? Vienes conmigo, tranquila, subimos por el Packhorse. Allá, como a cuatro millas de este lado del Paso del Lobo, hay un buen sendero que lleva al este, hacia el Valle Beaver. El jefe Thunder Crow y su gente viven allí. Solo un par de millas hasta Beaver. El jefe Crow se asegurará de que llegues a casa sana y salva. No dejaría que una muchacha anduviera a pie en un lugar como este, ¿verdad?

Sus palabras hicieron pensar a Sylvia, a preguntarse más que nunca sobre este hombre. Las miradas que él le lanzaba al rostro, su evaluación de su cuerpo joven y vigoroso, sí se demoraban más de lo que a ella le gustaba. Pero él no la había tocado, no había dicho una sola palabra fuera de lugar; ¡y ahora incluso se estaba preocupando por ella! Perseguido, casi muerto de hambre y en una situación desesperada, él se estaba tomando la molestia de considerar el bienestar de ella.

Ella pensó: «Voy a conseguir su versión de ese historial tan formidable. Lorn nunca le dio a ningún "criminal" el beneficio de la duda».

Cuando Behrdal recogió el rifle y la mochila, ella se levantó y lo acompañó, a regañadientes pero sin miedo, de vuelta al sendero y a lo largo de este, bajo los grandes pinos, hasta su canoa.

A media tarde, treinta kilómetros río arriba por el Packhorse, llegaron a un diminuto islote arbolado en medio del río. Dirigiendo la canoa hacia la orilla, Behrdal dejó a un lado el remo y dijo:

—Solo faltan diez millas para el Paso del Lobo (Wolf Pass). Nos detendremos aquí un minuto. —Se quitó el sudor de la frente con el dedo índice—. Es un trabajo bastante duro remar una canoa contra la corriente de esta manera. Antes solía poder hacerlo todo el día sin sentirlo, pero ahora...

—Lo sé, lo sé —asintió Sylvia con simpatía—. Es un milagro que hayas sobrevivido a estos últimos meses.

Ella estaba frente a él, sentada en la proa de la canoa. Sabía que él la había puesto allí para poder vigilar de cerca sus movimientos; pero, para compensar eso, le había preparado un asiento cómodo con la blanca y esponjosa manta de la Compañía de la Bahía de Hudson.
Muy pensativa, Sylvia se sentó con la barbilla apoyada en su pequeña mano, con la cabeza descubierta y el sol inclinado enredado en su cabello cobrizo dorado.
Behrdal la había estado mirando fijamente, pero ahora contemplaba el Packhorse,

acunado por las montañas, y la inmensidad de las cordilleras donde había trabajado como trampero años atrás.

La libertad estaba tan cerca para él ahora. Si tan solo lograba cruzar el Paso del Lobo… pero allí Lorn lo estaba esperando. A Sylvia le dio pánico pensar en un enfrentamiento a tiros. Al mirar de reojo el rifle de alta potencia que estaba allí junto a Behrdal, se imaginó a Lorn baleado, herido, agonizante, y su pasión por él afloró. Lorn era su esposo, su amante...

Pero luego razonó que Behrdal nunca intentaría abrirse paso por el desfiladero a balazos. Seguramente desembarcaría antes de llegar y rodearía por la montaña para retomar el Packhorse más arriba.

Le preguntó con brusquedad: —Si no le molesta una pregunta personal, señor Behrdal, ¿qué fue lo que lo llevó a… lo que lo hizo convertirse en…?

—¿En un prófugo del monte? —completó él—. Bueno, verá, me robé unas pieles. Un comerciante me estafó cuatro años seguidos. Maquilló las cifras de la subasta. Así que una noche me metí en su almacén y emparejé las cosas. Pero tuve que largarme para Alaska.
—Allá tiene varios cargos en su contra —sugirió ella, dándole cuerda.

—¡Esas son puras mentiras! Sabían que yo andaba huyendo, así que todo lo que salía mal, si yo estaba cerca, me lo endilgaban. No podía pasar nada sin que me echaran la culpa. Sí hice un par de ardides cuando no me quedó de otra… como lo de usted esta mañana; pero eso no fue mi culpa. Me habría portado bien si me hubieran dejado.

Sylvia asintió. En sus textos de criminología había estudiado muchos casos como el suyo. "Incremento inmerecido de la reputación criminal", lo llamaba su profesor en Berkeley.
Ella insistió: —Pero, ¿y el robo en la mina Orphan Angel? Usted fue identificado...

—No lo niego. Pero si usted supiera la verdad… Mire, yo mismo reclamé ese derecho hace años. Mi socio me estafó y me lo quitó. ¿Cómo? Bueno, lo envié a la oficina de análisis con el mineral para que lo examinaran. Él alteró las cifras. Trajo un reporte que decía que el mineral no valía nada. Después de que me fui, él lo registró a su nombre. Así que intenté cobrarme esa vieja cuenta.

Sylvia se abstuvo de preguntarle por el delito más grave.

Le parecía que este hombre era una refutación viviente de la actitud severa e inflexible de Lorn, y una prueba real de sus propias creencias. La sociedad lo había acosado, marcándolo con el estigma de "criminal". Si tan solo pudiera escapar, se convertiría en un hombre honrado y digno. Una vez cruzara el Paso del Lobo, estaría a salvo, pues ahora tenía rifle, bote y provisiones. De vuelta en las Lodestars, nunca podrían rastrearlo ni encontrarlo. Sylvia recordaba esas hermosas montañas, pues ella y Lorn habían pasado su luna de miel allá en lo profundo. Recordando aquellos

innumerables cañones, senderos de animales y cuevas secas, sabía que Behrdal podría pasar el invierno allí fácilmente y luego lograr su escape.

Pero, ¿qué diría Lorn cuando se enterara de que Behrdal había conseguido esas cosas que tanto necesitaba por culpa de su desobediencia? Imaginó su regreso a Bighorn, imaginó la ira silenciosa de Lorn; y supo que esta aventura de hoy iba a marcar un antes y un después entre Lorn y ella.

El crepúsculo comenzaba a caer sobre el valle montañoso, casi a la vista del Paso del Lobo… Algo andaba mal, muy mal. Sylvia estaba profundamente alarmada y el miedo crecía en ella con cada momento que pasaba.

El sol se había ocultado hacía una hora tras las montañas occidentales. Los picos gemelos, majestuosos y coronados de nieve, a través de los cuales fluía el Packhorse, se alzaban tan altos y cercanos que ella tenía que levantar la cabeza para ver sus cimas. Pero Behrdal no la había dejado en la orilla, como prometió. No daba señales de tener intención de hacerlo. La idea de que Lorn pudiera morir por causa de su propio rifle, y por haberlo desafiado al irse sola, aterraba a Sylvia como nada lo había hecho antes en su vida.

Mientras vigilaba, vio a Behrdal sobresaltarse, soltar el remo y sujetar el rifle. Desde la orilla este, tras la protección de un ciprés cuyas ramas rozaban el agua, una canoa se había deslizado; en ella iba una figura erguida, remando con golpes potentes, con el cañón de un rifle asomando sobre la borda.

Avanzaba directamente a través de la corriente, hacia la mitad del río, para bloquearles el paso.

El último vestigio de la farsa de Slith Behrdal desapareció.

Sus ojos estaban fijos en aquella canoa. Había miedo en ellos, un miedo cobarde que lo hacía moverse con la brusquedad de un animal acorralado. Y también había una luz vengativa: una mirada asesina dirigida al oficial que lo había perseguido durante meses por toda la región y que ahora le cerraba el camino hacia la seguridad.

Cuando Behrdal amartilló el rifle, Sylvia se levantó, loca de espanto, casi volcando la frágil canoa, y suplicó:

—¡No! ¡No dispare! No debe lastimarlo. Yo le diré que se aleje…
Behrdal balanceó el arma tras su hombro, como si fuera un mazo pesado contra ella, amenazándola, y gruñó:

—¡Abajo! ¡Maldita sea, agáchate! Si haces un solo movimiento, si intentas ayudarlo a atraparme, pequeña tonta, yo… ¡No pienso dejar que me atrapen!

Retrocediendo ante él en medio del pánico, Sylvia observó impotente cómo él levantaba el rifle —el rifle de ella—, apuntaba y fijaba la mira en la otra canoa.

En ese instante, la voz de Lorn, aguda y clara, resonó sobre el agua, repitiendo la fórmula de arresto:

—¡Alto! ¡En nombre del Rey, le advierto que no se resista!

Behrdal le disparó. En su terror por Lorn, sin notar la bala que pasó silbando cerca de su cabeza, Sylvia se giró para mirar. Una y otra vez, hasta que el cargador quedó vacío, Behrdal disparó contra su esposo. Las balas, levantando pequeñas salpicaduras blancas, golpeaban alrededor de Lorn. Dos de ellas, impactando casi en la línea de flotación de la canoa de Lorn, rebotaron y atravesaron la frágil embarcación.

Vio a Lorn inclinarse hacia adelante, taponando uno de los agujeros con la punta de una manta. Pero él no disparó. La había reconocido; aunque una bala pudiera matarlo en cualquier momento, él nunca pondría en peligro la vida de ella. Sereno y firme, seguía impulsando su canoa hacia el centro del río para bloquear el camino. Ella gritó: —¡Lorn! ¡Lorn! ¡Dispárale!

Behrdal giró su rifle recargado hacia ella. Si ella no fuera su escudo, la habría matado. —¡Cállate!

Él tomó el remo e impulsó la canoa frenéticamente con brazadas potentes mientras jadeaba, hasta que quedaron menos de doscientos metros entre ambas canoas. Soltando el remo y empuñando de nuevo el rifle, descargó una lluvia de balas sobre la canoa de Lorn.

El valle se había estrechado a menos de un kilómetro, con montañas que se alzaban escarpadas casi desde la orilla del río. Una breve helada temprana que había pasado la semana anterior había teñido los árboles de las laderas bajas de tonos marrones, dorados y un rojo llameante. Todo el día, bandada tras bandada de aves migratorias habían pasado por encima volando hacia el sur; Sylvia tenía la sensación de que, a su alrededor en las montañas, los animales se preparaban para los meses de helada o buscaban cuevas cálidas contra el invierno que venía.

En esta última milla, ella había notado un cambio marcado y alarmante en Behrdal. Estaba nervioso ahora, con el fatal Paso del Lobo tan cerca. Se había vuelto hosco y rudo con ella, callándola bruscamente si intentaba decir una palabra. Él había recargado el rifle y se había guardado un puñado de cartuchos sueltos en el bolsillo. Había dicho que intentaría rodear el Paso deslizándose por la ladera, pero ahora parecía que pretendía abrirse camino a tiros. La sospecha de que no pensaba dejarla en la orilla hasta cruzar el desfiladero —que pensaba usarla como protección contra el rifle del inspector Hastings— crecía en ella.

Si eso era cierto, entonces la había embaucado; había sido amable para que ella "lo acompañara pacíficamente". Era humillante sospechar que ese hombre tosco se había aprovechado de su credulidad y simpatía, burlándose de ella en secreto todo el día.

El crepúsculo se profundizaba en el valle, un suave color púrpura tenue, aunque por encima las nubes seguían rosadas por el sol. Las orillas densamente arboladas, oscuras y formidables, intimidaban a Sylvia; y el recuerdo del solitario refugio de montaña que tenían por delante, donde Lorn y ella habían pasado su luna de miel, la llenaba de temores proféticos.

Incapaz de soportar más esta terrible incertidumbre, preguntó temblorosa:

—Debemos estar cerca del Paso del Lobo; ¿no vas a… no estamos cerca del lugar donde me dejarás en tierra?

Behrdal la fulminó con la mirada y su respuesta fue aturdidora.

—¡Cierra la boca y métete en tus asuntos!

Sobresaltada, se encogió contra el travesaño como si él la hubiera golpeado. ¡Pensaba llevarla a través del Paso del Lobo! Quería usarla como escudo contra su esposo. ¿Cómo podría Lorn luchar contra él con ella en esa canoa? Ese hombre mataría a Lorn...

Silenciosa, presa del pánico, mientras la canoa la arrastraba hacia el Paso del Lobo, se quedó allí sentada, impotente, rogando que Lorn no saliera al encuentro de Behrdal. Pero sabía que lo haría. Él nunca dejaría escapar a un criminal; nunca dejaría que Behrdal la llevara a través del paso. La posibilidad de que Lorn resultara herido, o tal vez muerto...

Una bala, al rebotar, abrió un boquete enorme justo en la línea de flotación. Otra le arrebató el remo a Lorn de las manos. ¡Y luego aquel disparo fatal! En su angustia aterradora, ella no vio claramente qué sucedió, pero la canoa de Lorn de pronto colapsó, como si el travesaño central se hubiera astillado; la embarcación, al deshacerse, lo lanzó al agua, sin bote y sin rifle.

Él reapareció, se mantuvo a flote y luego empezó a nadar con fuerza; no de regreso a la seguridad de la orilla, que probablemente habría alcanzado, sino hacia el centro de la corriente, hacia una roca plana de granito que sobresalía del agua. Con su pistola de reglamento entre los dientes, se dirigió a ese peñasco en un último y magnífico esfuerzo por cumplir con el arresto y salvar a su esposa de este hombre.

Behrdal le disparó dos veces —a un hombre indefenso que nadaba—, pero falló. Al detenerse, observó a Lorn llegar a la roca y trepar. Su miedo nervioso y errático fue cediendo lentamente. Mientras sus ojos entrecerrados estudiaban el peñasco, una expresión de triunfo cruel le torció la boca. Él sabía, y Sylvia también, qué oportunidad tenía un hombre con una pistola frente a un rifle de largo alcance. Podía acercarse poco a poco, mantenerse fuera del alcance de la pistola y descargar un cargador completo sobre su enemigo. Lorn estaba atrapado, condenado; él y ella estaban ahora a merced de Behrdal. Por cerca de medio minuto, Behrdal mantuvo la canoa donde estaba, remando apenas contra la corriente, estudiando la roca donde Lorn permanecía apoyado en una rodilla, esperando.

Entre dientes, gruñó: —¡Ese demonio de galones dorados no volverá a perseguirme! ¡Ni volverá a casa para decir por dónde me perdí, ni dirigirá más cacerías en mi contra!
Hundió el remo para llevar la canoa a una distancia de tiro mortal de la roca. La mirada de Sylvia se dirigió a su pequeño machete, atado sin mucha fuerza a la mochila, al alcance de su mano. Empezó a inclinarse hacia adelante para tomarlo y lanzarlo con todas sus fuerzas contra aquel rostro brutal. El movimiento llamó la atención de Behrdal; él retiró el remo de golpe y le propinó un golpe seco con el palo; la delgada hoja del remo la golpeó en el brazo que ella levantó para protegerse.

Él agarró el machete y lo metió a buen recaudo bajo su pierna.

—Casi lo logras, ¿verdad? Muy valiente ahora, ¿no? Ya te amansarás. Tú y yo —mientras esos hombres suyos andan volando por ahí preguntándose qué le pasó— estaremos buscando un buen lugar allá adentro para invernar juntos.

En el horror que la invadió, Sylvia tuvo un recuerdo vívido de Behrdal devorando su comida con un hambre animal, de su ansia de compañía humana, de su actitud prepotente de macho dominante, y de la significativa advertencia de Lorn sobre que este hombre había estado solo en el monte por muchos meses.

Él se burló de ella mientras impulsaba la canoa hacia la roca:

—Eres la mujer más ingenua que he conocido. ¡Te tragaste todo lo que te dije! Viniste bien mansita, sin dar problemas. Y pensaste que te iba a soltar, después de atraparte aquí afuera así, sin que nadie supiera qué te pasó. ¡Tú, por Dios, pensaste que te dejaría ir! ¡Y querías ayudarme a escapar! —Se rio con un sonido gutural—. De veras que necesitas un marido —una cosita linda como tú— o alguien que te cuide… ¡dejando que un tipo te engañe como yo lo hice!

Volvió a reír; y en esa risa horrenda, Sylvia creyó escuchar la advertencia de Lorn, y vislumbró todos sus años de perseguir hombres, todo su conocimiento —ganado a pulso— de la naturaleza criminal, toda su experiencia y creencias aprendidas con amargura.
Un momento después, Behrdal ya la ignoraba, como a una criatura indefensa e inferior a la que se nota o se desprecia según el antojo. La roca estaba a buen alcance de rifle; pero Lorn se había agachado más, para ofrecer el blanco más pequeño posible a esa arma de tiro certero. Calculando la distancia, Behrdal empujó la canoa más cerca, más cerca, hasta que a la distancia mortal de cien metros soltó el remo y se puso de pie; levantando su rifle, apuntó deliberadamente.
Al ver que el rifle subía, Sylvia se sujetó de la borda con ambas manos y su cuerpo se tensó para un intento rápido y desesperado por salvar la vida de Lorn. Un minuto antes había pensado en saltar hacia adelante y forcejear con Behrdal para intentar quitarle el rifle, pero sabía que él podría dispararle antes de que lo alcanzara. Había otra forma.

Demasiado rápido para que Behrdal bajara el rifle y le disparara, ella se lanzó por encima de la borda de la canoa, aún aferrada al borde, hundiendo el costado con la fuerza de su zambullida. Vio a Behrdal tambalearse, perder el equilibrio y caer hacia

atrás. Mientras el agua se cerraba sobre ella, sintió que la canoa de pronto se aligeraba y supo que él se había caído por completo. Con un estruendo que le retumbó en los oídos, la embarcación se volcó, soltando su agarre y hundiéndola más y más.

Durante unos momentos que parecieron eternos, luchó en las profundidades oscuras y frías, peleando por subir hacia la luz. Cuando salió a la superficie, quitándose el agua de los ojos y apartándose el cabello de la frente, divisó la canoa volcada unos doce metros río abajo; y al mirar de nuevo, vio a Behrdal aferrado a la proa, arañando frenéticamente la parte inferior para sostenerse.

Por sus forcejeos desesperados que hundían la embarcación una y otra vez, se dio cuenta de que el hombre no sabía nadar, y que se debilitaría y se ahogaría en esa corriente gélida y rápida. Pero esa visión no la conmovió; ya no había misericordia en su corazón.
Volviéndose hacia el peñasco, buscó a Lorn entre el crepúsculo. La roca estaba vacía; él ya no estaba agachado allí. Lo llamó temblorosa; entonces lo vio, nadando corriente abajo hacia ella con brazadas largas y limpias.

Él llegó hasta ella, se detuvo a un par de metros y, con los ojos fijos en la lucha agónica de Behrdal, le exigió con brusquedad:

—¿Puedes llegar a la orilla tú sola?

—S-sí, pero Lorn… ¿qué vas a hacer?

—¡Si estás segura de que puedes, sal de aquí!

—¡Pero Lorn! ¿Por qué no dejas que se ahogue? —En una ira ardiente y despiadada contra Slith Behrdal, gritó—: ¡Intentó matarte! ¡Iba a llevarme… a llevarme con él! ¡Deja que se ahogue!

Lorn ni siquiera respondió, sino que pasó de largo junto a ella. Mientras Sylvia se dirigía a la orilla oeste, nadando con facilidad en diagonal a favor de la corriente, miró hacia atrás y lo vio alcanzar la canoa a la deriva, y presenció el rápido final de todo aquello. Behrdal, un hombre que se ahogaba sumido en un frenesí ciego y enloquecido, se aferró a Lorn e intentó inmovilizarle los brazos para arrastrarlo al fondo. Pero Lorn lo mantuvo a distancia y, golpeando la sien del hombre con la culata de su revólver, lo dejó inconsciente. Y entonces, remolcándolo mientras nadaba con un solo brazo, él también se dirigió a la orilla oeste del Packhorse.

Cuando llegó a las aguas poco profundas y sus pies tocaron fondo, Sylvia se detuvo y esperó para ayudar a Lorn con su carga, para ayudarlo a recuperar la canoa y el remo. Pero temía enfrentarse a él, hablarle. Aquella dureza de acero en su voz… él sabía que ella había desobedecido sus órdenes. Y eso no era todo, ni la mitad de su culpa. Hoy le había sido traidora, desleal a todo lo que él representaba; había querido que Behrdal escapara.

En lo alto, la luna de las dos de la mañana, navegando a través de una bruma de nubes finas como gasa, plateaba las aguas claras y frías del Packhorse y destellaba desde la hoja mojada del remo de Lorn. Un viento rígido y gélido, que bajaba por el valle, hacía que las olas golpearan rítmicamente contra las orillas y cantara con tonos otoñales entre los grandes pinos y cedros.

Con la corriente arrastrándolos y las rítmicas e incansables remadas de Lorn apresurándolos, habían pasado el tramo donde esa mañana Behrdal había saltado desde los troncos caídos sobre Sylvia. Una docena de millas fáciles río abajo los separaban de Bighorn. Atado de pies y manos, Slith Behrdal yacía en la proa de la canoa, como un montón acurrucado y sin aliento, con los brazos sobre la cara, siendo llevado de vuelta a la justicia de la que durante años había escapado. Era el prisionero de Lorn; Lorn lo estaba entregando. Más de una vez, en las largas horas de silencio desde que comenzó el regreso, Sylvia había reflexionado sobre esa cualidad severa e inquebrantable de Lorn Hastings, que lo había impulsado a salvar a este hombre cuando ella misma —¡ella, con sus teorías humanitarias y su actitud compasiva!— había querido dejar que se ahogara. ¿Qué era lo que Lorn le había dicho una vez sobre sus teorías y sus ilusiones vanas?

Durante la última media hora ella lo había estado mirando, estudiando su rostro a la luz de la luna; pero él apenas si le había lanzado una mirada, y ni una sola vez le había sonreído. En una miseria abyecta y silenciosa, ella se había acercado centímetro a centímetro hacia él, hasta que su cabeza rozó las rodillas de su esposo. Él no pareció notarlo. Al pensar en él nadando por el agua con la pistola entre los dientes, se dio cuenta de que, en un hombre así, el perdón no llegaba fácilmente.

Cruzando la luna, una bandada de grullas migratorias aleteaba lentamente hacia el sur, en una procesión extraña y sombría por el cielo nocturno: señal de un verano que moría y de un invierno por venir. Desde muy por encima de la línea de los árboles, bajó el aullido lúgubre de un lobo, indeciblemente solitario y triste. Como si el sonido tuviera su eco en el corazón de Sylvia, como si el silencio le hubiera roto el alma, ella se movió, se incorporó un poco y se arrastró más y más cerca, hasta que esa cabeza de cabello cobrizo dorado que se había agitado con tanto desafío ante Lorn Hastings, descansó ahora en su regazo, vencida, miserable, suplicando perdón.

El remo rítmico perdió una remada, una sola; luego se hundió de nuevo, retomando su compás implacable. Las lágrimas nublaron la vista de Sylvia; la sacudía un sollozo silencioso, pero luchó por contenerlo.

Como si Lorn hubiera sentido su sollozo, aquel ritmo implacable se suavizó; perdió una remada, dos… Cuando ella levantó la cabeza, cuando empezaba a retirarse, ¡el remo se detuvo por completo! Borrosamente a través de sus lágrimas, Sylvia lo vio mirándola. Él parecía inclinarse hacia ella.

—¡Sylvia! —un susurro, el suyo, por encima de ella. La mano de él estaba en su mejilla mojada, acariciando su cabello—. Nos metiste en ese lío, muchacha, ¡pero tú misma nos sacaste!

Las lágrimas, que brotaron con más fuerza que nunca, le impidieron ver su rostro… No podía ser, no podía ser que la hubiera perdonado.

—Si estás dispuesta a admitir que estabas un poco equivocada en nuestras… nuestras discusiones, yo haré mi parte. Nunca te recordaré lo de hoy.

El corazón de Sylvia dejó de latir cuando lo vio inclinarse aún más, y sintió que él elevaba sus labios hacia los suyos por un momento que borró toda esa noche interminable de miseria insoportable.

Luego, volvieron las remadas rítmicas. Behrdal, el criminal, hecho un ovillo en la proa; los sonidos soñolientos de este desierto montañoso; y sobre ella, entre ella y los cielos salpicados de estrellas, un rostro amado que ahora sonreía con aquella antigua unión entre los dos… su cabeza todavía descansando sobre su regazo, más y más, de regreso a casa bajo la luz de la luna.